

La celebración del bicentenario ha profundizado
en el conocimiento de esta contienda

La batalla más larga de NAPOLEÓN

Tcol. José Manuel Guerrero Acosta
Instituto de Historia
y Cultura Militar

LA Guerra de la Independencia fue el más largo de los conflictos napoleónicos gracias al espíritu de las élites patriotas y la resistencia del pueblo y del Ejército, marcando, para la historiografía clásica, la división entre Edad Moderna y Contemporánea. Además, algunos historiadores prolongan sus consecuencias sociales, políticas y militares hasta 1936.

El conflicto contra la invasión napoleónica (1808-1814) tuvo como marco el enfrentamiento entre la Francia Imperial y la alianza formada por Gran Bretaña, Rusia y Austria; y connotaciones internacionales, ya que en territorio español hubo combatientes de, al menos, ocho países. Un ejemplo de cómo afectó todo ello a nuestro Ejército es la experiencia de los soldados del marqués de la Romana (1807). Enviados a Dinamarca como aliados de Napoleón, pasaron a ser enemigos y regresaron para unirse a la lucha contra el invasor (1808).

Muchos de esos hombres eligieron continuar en el sufrido Ejército regular en lugar de engrosar las guerrillas, aunque al final todos acabaron militarizados y bajo mandos orgánicos.

Otros se vieron envueltos en la derrota. Enrolados bajo la bandera de José Bonaparte, unos lograron liberarse y volver; también hubo a quienes la intolerancia les forzó a buscar una nueva en Francia, donde contribuyeron a forjar la epopeya del Primer Imperio.

CONSECUENCIAS Y EFECTOS

Las consecuencias del conflicto para nuestra historia contemporánea son de enorme magnitud, como reconoce la mayor parte de la historiografía. Fue denominado «Guerra de España» por los franceses, «Peninsular» por los británicos y, calificada apropiadamente como «revolucionaria», dadas las connotaciones insurreccionales que tuvo en varias de sus fases.

En cuanto a la historia del Ejército, se ha mantenido durante muchos años que el conflicto que el conde de Toreno llamó «alzamiento, guerra

y revolución de España», significó el paso de un ejército profesional y de propiedad real, a otro nacional, de recluta universal; fruto de la contienda y de la acción de las Cortes de Cádiz. A pesar de ello, los acontecimientos inmediatamente posteriores al final de la lucha significaron en muchos aspectos una regresión a las condiciones anteriores, como el predominio de la Guardia Real, la disolución del Ejército o el papel de las Milicias.

Entre los efectos del conflicto, figuran la dicotomía absolutistas-liberales, la cuestión sucesoria que provocará las guerras carlistas, el intervencionismo militar de todo el XIX o la emancipación americana.

Para las ciencias auxiliares de la Historia, el interés de este período es máximo por sus múltiples novedades. Muchas, únicas en cuanto a organización militar, uniformología, vexilología, emblemática, etc. Como en otros aspectos, el bicentenario (2008-2014) ha dado importantes avances para ampliar y profundizar en el conocimiento de esta guerra.

EJÉRCITO Y PUEBLO

En Francia, al estallar la guerra contra la Primera Coalición en el verano de 1792, la Convención realizó un llamamiento para reclutar 300.000 hombres entre los 18 y 40 años, el famoso «ciudadano-soldado». Dicha leva —que movilizó más de 165.000 efectivos—, y la célebre *levée en masse* (agosto de 1793) levantaron en armas poco más de 425.000 hombres. Cifra, muy por debajo del millón previsto, en un país con más del doble de habitantes que España.

Ninguna de ellas puede compararse, en proporción, a la respuesta de los españoles ante la invasión napoleónica, que osciló —según las fuentes— entre los 250.000 y 300.000 efectivos en el otoño de 1808 y que puede considerarse como la mayor movilización de voluntarios de la historia de España y, también, en la Europa de las guerras napoleónicas.

El número de reclutas españoles de 1808 desbordó todas las posibilidades del sistema. Hubo que hacer volver a sus hogares a muchos,

*En 1808, España
vivió la leva
voluntaria más
importante de su
historia*



Dos de mayo. Goya. Museo del Prado.

aunque poco después sería necesario volver a llamarlos, malgastando el entusiasmo inicial. La movilización se hizo con poco orden y casi ningún concierto, dado el vacío de poder y el fraccionamiento del esfuerzo en un territorio ocupado. Los primeros meses de combates y las primeras derrotas —Medina de Rioseco, Espinosa, Tudela y Uclés—, además de acabar con los restos de las unidades veteranas, destruyeron los ejércitos de voluntarios levantados por las juntas.

El esfuerzo continuó. Tras ser casi destruido en la batalla de Gamonal y en la línea del Tajo en el invierno de 1808, el general Cuesta reorganizó y completó —hasta los 28.000 hombres— el Ejército de Extremadura para la campaña de Medellín, que tuvo que ser reconstruido de nuevo para el avance sobre Talavera en julio. Allí llegó a reunir otros 35.000 hombres.

El Ejército del Centro perdió varias divisiones en Uclés en enero de 1809. En junio, renovado después de la derrota de Ciudad Real, contaba con unos 27.000 efectivos. Destrozado otra vez en Almonacid en agosto, volvió a presentar batalla en Ocaña en noviembre. Para entonces alineó 57.000 hombres, mayoritariamente forzosos.

Además, aún con todas las dificultades de suministros inherentes al conflicto, los soldados imperiales y, sobre todo, los británicos, fueron equipados con cierta regularidad. Muy al contrario que los españoles, en cuyo Ejército encontraron hambre, miseria y carencia de equipo.

OFICIALES Y SOLDADOS

Al final de la guerra convivían en los cuadros de mando españoles varios tipos de oficiales: los del antiguo Real Ejército, disminuidos por las bajas y, generalmente, con empleos de capitán hacia arriba; soldados o sargentos profesionales ascendidos en la campaña, normalmente, con rangos de subteniente a capitán; y civiles movilizados y designados por las juntas en 1808. Además, entre los profesionales, muchos ostentaban grados superiores a los que les correspondían. Es decir, un sargento podía estar graduado de teniente, pero sin que ese empleo fuera «en propiedad». Por lo que, al acabar la guerra, debía volver a su empleo anterior.

La eficacia de esta amalgama era muy desigual en el campo de batalla, dependía de la formación, origen y arrojo personal de cada mando.

No ha de olvidarse que en el Ejército español hubo de improvisarse casi todo. Así, la táctica de Infantería de 1808 no se unificó hasta 1811, y la de Caballería, hasta finalizada la contienda. Hubo mandos con inquietudes que redactaron tratados y publicaciones semioficiales, siempre para su ámbito. Cada batallón o regimiento tenía un uniforme y algo parecido ocurría con la táctica. Por ejemplo, el general Pablo Morillo ordenó a sus brigadas usar los toques de corneta e instrucción de guerrilla británicos.

LOS EJÉRCITOS NACIONALES

La proporción media en los cuadros de mando de cada regimiento era de 35 oficiales veteranos del Real Ejército, 6 de las milicias provinciales y 33 voluntarios civiles, ya que las bajas de profesionales se cubrían con oficiales improvisados. Salvo en la guerrilla, donde siempre fue mayoritario el número de no profesionales. Esta yuxtaposición de oficiales de diferentes procedencias constituyó los Ejércitos Nacionales.

En 1812, mientras en el ejército británico se practicaba el *flogging* (azotes en la espalda con látigo de siete colas), en los españoles se habían prohibido los castigos corporales. Se abolieron las pruebas de nobleza para entrar en los colegios militares y se estableció la redención a metálico, que libraba a los pudientes, pero engrosaba las arcas del Estado.

Se respetaba la Constitución, como se demostró cuando los diferentes Ejércitos la juraron por orden de las Cortes y los ingleses, que servían por el *king's shilling* (el chelín del rey), no entendían como aquellos campesinos hambrientos y sin paga estaban dispuestos a batirse por su Patria y su rey. Ello dice mucho del espíritu de resistencia y de la moral que fueron capaces de infundir en sus soldados los mandos españoles.

Pero la mejor demostración de que el combatiente español —correctamente encuadrado— no fue inferior al de cualquier otro país, la dio Wellington. En 1812, ante la imposibilidad de cubrir sus bajas con voluntarios propios, autorizó que en cada regimiento británico, a excepción de la Guardia Real y los Dragones, pudieran reclutarse diez españoles por compañía. «Serán excelentes reclutas porque en cuanto a apariencia y actividad, el campesino español no tiene rival (...) son reclutas casi iguales a los nuestros en apariencia o fortaleza física», aseguraría el duque. ■